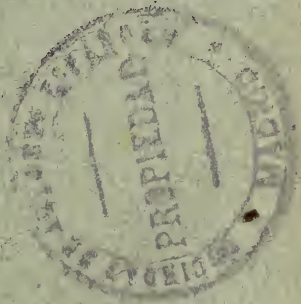


1187

MANUEL DE L'HOTELLERIE FALLOISSE

Benavente

DIÁLOGO CORTO EN PROSA



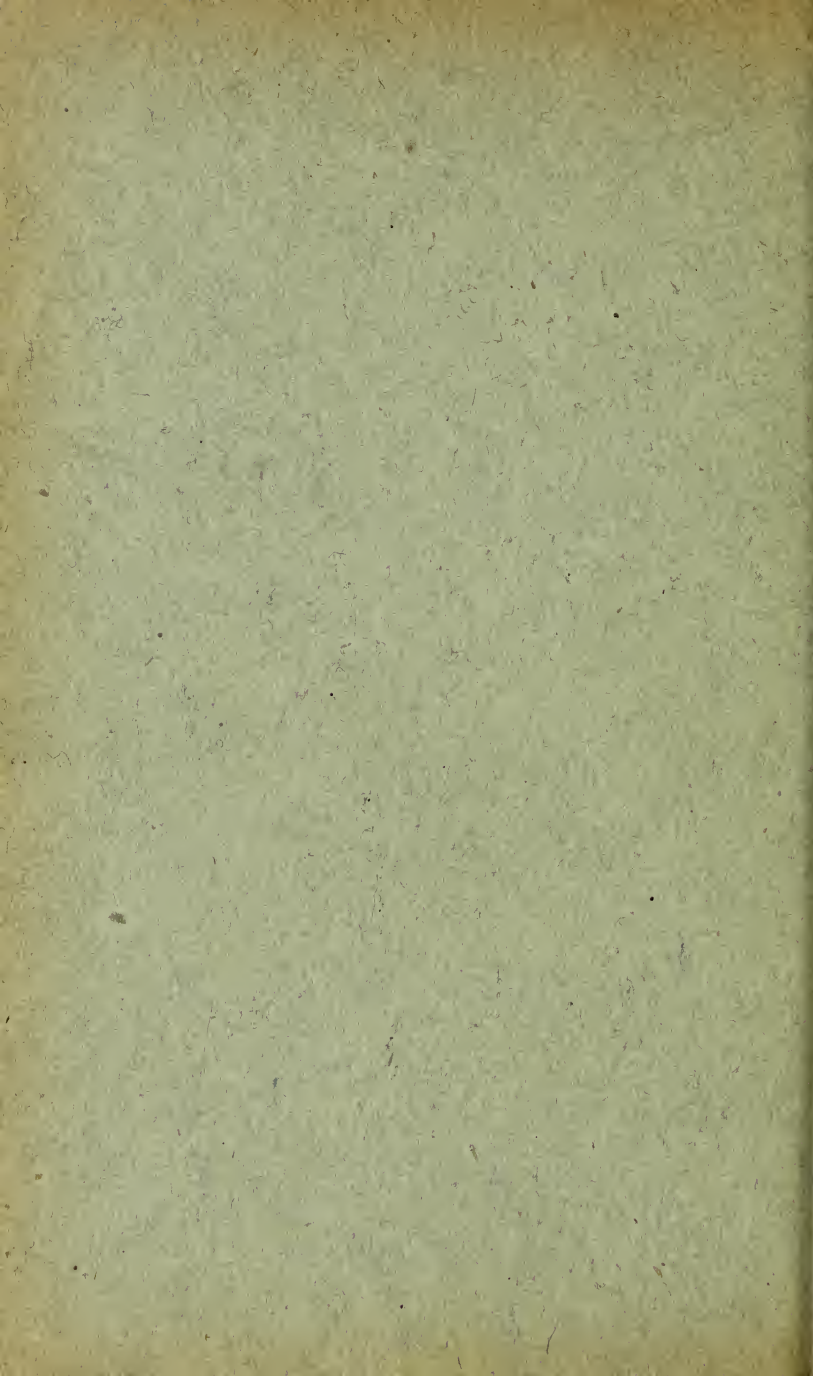
MADRID

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

Núñez de Balboa, núm. 12

1909

12



BENAVENTE

DIÁLOGO CORTO EN PROSA

ORIGINAL DE

Manuel de Lhotellerie Falloisse

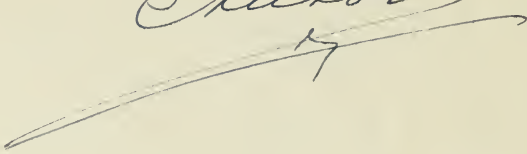


ZARAGOZA

Tipografía de Emilio Casañal, Coso, 100

—
1909

Para Dr. Salcedo
Soler. Guignipresante
recuerdo del
Autor



Esta obra es propiedad de su autor y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

DEDICATORIA

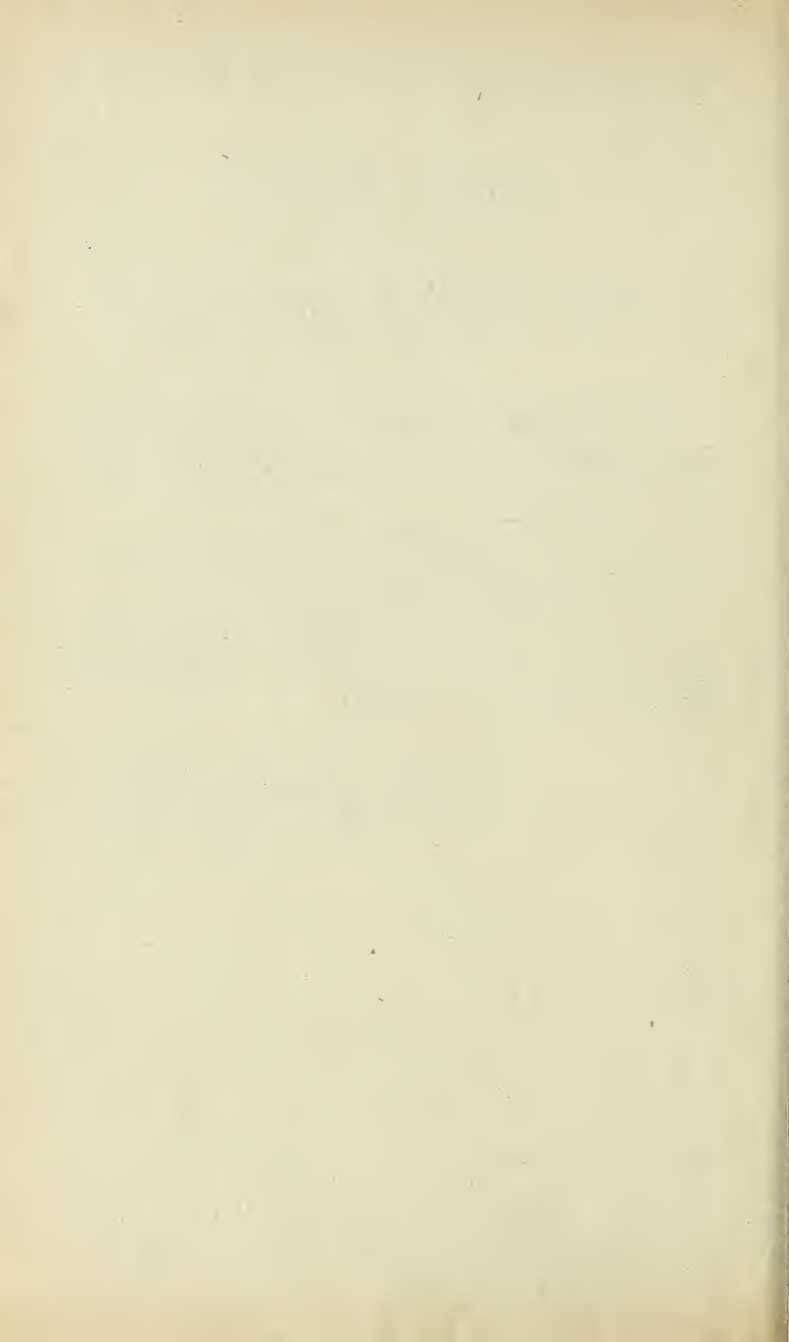
Al eminente literato D. Jacinto Benavente

*Mi respetable y querido amigo y maestro:
Conozco que nada valen estos renglones, pero
no sé hacer más.*

*En ellos va expresado con toda la verdad de
mi alma lo que mi corazón siente.*

*Hágame el honor de aceptarlos como testi-
monio de la veneración que por V. siente su más
humilde admirador y amigo*

Manuel de Luotelleria





BENAVENTE

DIÁLOGO CORTO

PERSONAJES

JORGE, autor, 35 años.—MANUEL, autor, 40 años.

La escena un despacho decente con mesa, y sobre ella varios papeles. Puerta foro y laterales.—Es de día.—La escena en Zaragoza.—Al alzarse el telón, Jorge escribiendo, después Manuel por el foro.

JORGE (Dejando la pluma.) Es imposible. Todo me sale mal. Ni una sola escena que merezca la pena de ser leída.

MANUEL (Entrando.) Hola, querido Jorge, ¿estás trabajando?

JORGE Estoy disgustadísimo.

MANUEL ¿Por qué causa?

JORGE Porque desde que he visto las últimas creaciones del gran Benavente, me he convencido de mi inutilidad, de que no sé escribir, de que jamás haré nada de provecho.

MANUEL En efecto, Jorge, las obras de Benavente son aplastantes, pero no es motivo suficiente para desmayar así...

JORGE ¿Qué quieres, Manuel, cada uno es como es. ¿Te fijaste detenidamente en *La fuerza bruta*?

MANUEL ¡Que si me fijé! Creo que me la sé de memoria.

JORGE Pues bien. Yo tenía algo escrito de ese corte, pero al ver aquel cuadro primero, donde cada figura demuestra un estudio acabado de lo que representa, donde yo con todo el público se olvida de que está en la sala del Principal, creyendo hallarse en los pasillos de un circo, por la realidad de cómo está presentado el cuadro, me ocurre pensar; si Benavente habrá sido artista en alguna compañía ecuestre? Y recojo mi libreto y lo coloco en el cajón de la mesa.

MANUEL En efecto, que más realidad no cabe.

JORGE ¿Y el segundo cuadro?

MANUEL Tan real como el primero, y según tu modo de pensar, Benavente ha debido ser también hermano de la Caridad; tal es el lenguaje tan propio que escribió para esa figura.

JORGE ¡Qué hermosura de pensamiento! Conmueve, sin violencias, atrae sin resortes de artificio, admira sin efectismos escénicos, tiene al público pendiente de su magistral literatura, sugestionado con aquel raudal de bellezas, que en todos los corazones se siente un deseo de que no acabe, se pronuncia con el pensamiento un más, porque en la boca solo hay una frase preparada para el final, un bravo que se escapa de todas las gar-

gantas y se mezcla con lágrimas de emoción desprendidas de todos los ojos por lo que vieron y con la armonía dulce cual música celeste que queda en los oídos como reflejo fiel de las bellezas que escucharon.

MANUEL Es cierto, amigo mío, es cierto.

JORGE Entonces, concluyo yo de cerrar el cajón de mi mesa y echo la llave, no queriendo ni acordarme de que allí queda algo que representa una ilusión de mi pensamiento.

MANUEL ¿Y *De cerca*? ¿Puedes encontrar cosa más real? ¡Qué hermoso es aquello de desear que la piedra del pequeñuelo hubiera dado en la cabeza á la señora del automóvil y después al verse *de cerca* y conocerse, comprendiendo la equivocación que sufrieron, prevenir al chiquillo de que jamás tire piedras á los automóviles.

JORGE ¿Y ellos, los beneficiados por la fortuna? ¡qué impresión reciben al ver también *de cerca* la miseria! ¡Cómo enseña, que el pensar sobre lo que no se conoce es exponerse á sufrir las equivocaciones que después, al acercarse, se comprenden y se remedian tal vez!

MANUEL ¿Y *Por las nubes*?

JORGE Después de ver esa obra, es cuando abro el cajón.

MANUEL ¿Para corregir tu libro?

JORGE Para quemarlo.

MANUEL Pero chico, desmayas de un modo ho-

rrible. Si todos pensaran como tú, se quedaría solo Benavente.

JORGE Es que todos no piensan igual, y tal vez sea yo el que desmaye debido á que nada valgo. Cuando oigo aquel relato de Julio en *Por las nubes*, aquellas reflexiones del hombre que piensa, aquella lucha del galán enamorado y amante hijo, aquella terminación de hermosa-lógica, diciendo: «Que fuerza tan inmensa la de la clase media si en vez de ser una caricatura de los de arriba, hubiera procurado ser un ejemplo para los de abajo», entonces Manuel...

MANUEL Entonces haces propósito de no escribir ni á la familia.

JORGE Tú tienes menos corazón que yo, no sientes igual...

MANUEL No es eso, Jorge, no es eso. Yo soy furibundo admirador de D. Jacinto, tengo por él verdadera veneración, estoy como están todos, convencido de que es un candidato electo por el gran distrito de la literatura, con su sillón en la posteridad.

JORGE Y conociendo eso, quieres que no desmaye...

MANUEL Al contrario, amigo mío. A tí te sucede eso porque piensas en tí más de lo que debes. Las grandes óperas, es preciso oirlas muchas veces para poder comprenderlas. El buen aficionado á la gran música, escucha primero las obras muchas veces, se hace el oído, y llega á tararear algo de ellas y poco á poco va

conociendo los resortes de la composición, y con aquel gusto adquirido, empieza á hacer algo, pero no pretende hacer de pronto una ópera como la que oyó; no piensa en sí mismo porque su pequeñez le ha de asustar siempre y piensa en lo grande para acostumbrarse á lo grande y de este modo poder con constancia y afán, llegar á confeccionar una zarzuela y tras ella... ¡quién sabe!

JORGE Muy bien hablas, pero en la práctica, creo no te resultará la teoría.

MANUEL Sí, hombre, sí, no te quepa duda.
Benavente ocupa hoy por derecho propio, el punto principal, dominante, en que se coloca el genio.

JORGE Eso es indudable.

MANUEL Los que como tú y yo nada valemos, debemos procurar acercarnos á él.
En situándonos cerca, todo se presentará más sencillo y llano, de otra suerte no veremos más que detalles y nunca el conjunto. El entendimiento humano, ya de suyo tan débil, ha menester que se le muestren los objetos tan simplificados como sea dable, y por lo tanto, es de la mayor importancia desembarazarlos de follaje inútil, y que además, cuando sea preciso cargarle con muchas atenciones simultáneas, se las distribuya de suerte que queden reducidas á pocas clases y cada una de estas vinculada en un punto.

Así se aprende con más facilidad, se percibe con lucidez y exactitud y se auxilia poderosamente la memoria.

- JORGE Y qué conseguiremos con todo eso? ¿Así seremos Benaventes acaso?
- MANUEL No seremos Benaventes, esto no es posible, pero seremos hombres de algún provecho ó al menos hombres de buena voluntad.
- JORGE Me admira oírte.
- MANUEL Sí, Jorge; en Benavente y sus obras está la verdadera fuente de enseñanza.
- JORGE Pues por falta de beber yo en ella, no ha de quedar. Pero me temo que por muchos sorbos que dé, sin facultades, no conseguiré nada.
- MANUEL Para el desarrollo de toda facultad, hay una condición indispensable: el ejercicio. En lo intelectual como en lo físico, el órgano que no funciona se adormece; pierde de su vida; el miembro que no se mueve se paraliza. Aun los genios más privilegiados, como el mismo Benavente, no llegaron á adquirir su fuerza hercúlea, sino después de largos trabajos.
- La inspiración no descende sobre el perezoso; no existe cuando no hierven el espíritu, ideas y sentimientos fecundantes. La intuición, el *ver* del entendimiento, no se adquiere sino con un hábito engendrado por el mucho *mirar*.
- La ojeada rápida, segura y delicada de un gran pintor, no se debe solo á la naturaleza, sino también á la dilatada contemplación y observación de los buenos modelos; y la magia de la música no se desenvolvería en la organización más

armónica, sujeta únicamente á oír sonidos ásperos y destemplados.

Ahí tenemos pues al gran Maestro, aprendamos de él y de sus obras. Pensemos, pero pensemos como debemos pensar; no pensando que pensamos y como pensamos. De otra suerte, el que así obra verá cambiado el objeto de su entendimiento, y en vez de ocuparse de lo que debe se ocupará de sí mismo.

JORGE Tienes razón, amigo mío. Tú has tranquilizado mi espíritu, has descornado el velo que nublaba mi vista, en ella había una débil ráfaga luminosa, y ahora brilla el firmamento con inmensas madejas de plata y oro; no desmayo no, trabajaré, trabajaré con afán, edificaré...

MANUEL Procurando que los edificios no sean puramente fantásticos por carecer de cimiento.

JORGE No temas; grande es el maestro; sus obras me servirán de enseñanza, y si algo consigo hacer que merezca la atención, se deberá solo á lo que haya aprendido del gran Benavente.

TELÓN

